

## EL AFRICANISMO DE GALDÓS EN AITA TETTAUEN

María Isabel García Bolta

*Aita Tettauén*, sexto episodio de la cuarta serie, fue escrito entre octubre de 1904 y enero de 1905. La primera edición que se conoce es de 1905, año en el que se llevan a cabo cuatro reimpressiones, siempre a cargo de la empresa editorial de su autor, «Obras de Pérez Galdós» en la calle Hortaleza, 132, de Madrid; no obstante, en vida de don Benito aparecerá otra más en el año 1917, ésta por cuenta de la librería y casa editorial Hernando, lo que hacen un total de seis. Es decir, que junto con O'Donnell son los dos episodios más editados de estas dos últimas series. Pero sobre el tema de África escribe también Galdós en *Carlos VI en La Rápita*, obra que publica el mismo año de 1905.

Sabemos por Robert Ricard<sup>1</sup> y por el profesor Sebastián de la Nuez<sup>2</sup> que don Benito, antes de 1901 o bien a partir de ese mismo año, tenía la intención de escribir sobre la guerra de África de 1859-1860. Por medio de la correspondencia con el arabista español e intérprete oficial residente en Tánger. Ricardo Ruiz Orsatti, conocemos su corta estancia en esta ciudad, así como su deseo de visitar Tetuán, lo que no pudo realizar debido al mal estado de la mar. Así pues, Galdós conoció una parte del territorio africano sobre el que escribió. Al regreso de esta escapada de nueve días a Marruecos, comienza a redactar los primeros capítulos de este nuevo episodio. Para ello contaba, entre otras fuentes, con las facilitadas por el propio Orsatti.

Sobre este texto, *Aita Tettauén*, entendido como «problema» intentaré hacer una lectura del africanismo de Pérez Galdós y observar el paisaje intelectual de la época, si bien convencida de que se trata tan sólo de una nueva relectura o aproximación, como queramos llamarla, y no del sentido o contenido único y último de este episodio, como solemos buscar los lectores.

<sup>1</sup> Cartas de Ricardo Ruiz Orsatti a Galdós acerca de Marruecos (1901-1910) en *Anales Galdosianos*. University of Pittsburgh, año III, 1968, págs. 99-117.

<sup>2</sup> «España y el Norte de África. Bases históricas de una relación fundamental (Aportaciones sobre Melilla)», en *Actas del Primer Congreso Hispano-Africano de las Culturas Mediterráneas "Fernando de los Ríos Urruti"* (11 al 16 de junio de 1984). Universidad de Granada; Excmo. Ayuntamiento de Melilla.

*Aita Tettauen* consta de cuatro partes, distribuidas de la siguiente forma: la «Primera Parte, Madrid, Octubre-Noviembre de 1859», con siete capítulos; la «Segunda parte, África —de Ceuta al Valle de Tetuán: Noviembre y Diciembre de 1859-Enero de 1860» tiene trece capítulos; la «Tercera Parte, Tettauen, Mes de Rayab de 1276» se desarrolla en diez capítulos y concluye con la «Cuarta Parte, Tetuán, Enero-Febrero de 1860», la más breve con tan sólo cuatro capítulos.

Galdós comienza a redactar este episodio a finales del mes de octubre de 1904, acuciado por las deudas y con numerosas letras de cambio en la calle. Son fechas en las que España, sumida en un «pesimismo colectivo», con una política marcada por la debilidad de los partidos, procede a la firma de uno de los tratados con Marruecos. El tema de África estaba candente y D. Benito se aplicó a él.

¿Había un sentimiento africanista en España? ¿Cuáles eran sus características? La conquista de África siempre había sido considerada por los españoles como una empresa digna y memorable, de tal forma que desde la época de la Reina Isabel la Católica, la lucha contra los infieles era una de las obligaciones de los bautizados. Sin embargo, los primeros contactos con el territorio africano vinieron guiados por el afán de conquista; más adelante fueron simplemente razones de vecindad las que nos forzaron a vigilar nuestras fronteras y consecuentemente a una política intervencionista en el Norte de África, aunque ésta no fuera la postura unánime a finales del siglo pasado.

La política española en los últimos tiempos se había propuesto, en relación con el norte de África, mantener las fronteras, defender sus enclaves en la zona, asegurar la navegación y el comercio, así como permitir el estudio y reconocimiento de África, sin olvidar la misión espiritual e incluso la labor pedagógica. Porque las relaciones hispano-marroquíes, aparentemente corteses, se vieron siempre empañadas por sacudidas violentas, debidas a la propia vecindad. Pero a mediados del siglo pasado surge la idea expansionista y colonial, propiciada por los intereses de otras potencias europeas en África; sin embargo, esta intención no llegó a cuajar y el africanismo español fue más bien una necesidad y un movimiento de defensa ante la expansión francesa.

Hay, pues, varias tendencias en relación con África, entre ellas la «intervencionista» y la «abandonista», que ya venían desde el siglo XVIII, pero que agudizan, a partir de un momento, sus posturas, y Donoso Cortés llega a decir: «... si asentar nuestra dominación en el África es para nosotros una cuestión de engrandecimiento, impedir la dominación exclusiva de ningún otro pueblo en las costas africanas es para nosotros una cuestión de existencia»<sup>3</sup>. En un clima de euforia, marcado por un marroquismo creciente y por la necesidad de escalar puestos en la política internacional se desarrolla la guerra de África, sobre la que escribe Galdós a comienzos del año 1904.

<sup>3</sup> VÍCTOR MORALES LEZCANO, *Africanismo y orientalismo en el siglo XIX*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1988, pág. 69.

A esta mezcla de recuerdos victoriosos y de entusiasmos, se unen el desánimo y el pesimismo reinantes a primeros del siglo y de ahí que comience el episodio de *Aita Tettau* con estas palabras:

«Antes de que el mundo dejara de ser joven y antes de que la Historia fuese mayor de edad, se pudo advertir y comprobar la decadencia y ruina de todas las cosas humanas... Decaen los imperios, se desmedran las razas... En fin, echando por delante estas retóricas, os dice el historiador que la hermosura de la sin par Lucila...»<sup>4</sup>.

Pero de inmediato Pérez Galdós se suma al espíritu intervencionista en Marruecos, con matizaciones, en los siete capítulos de la primera parte de *Aita Tettau*: optimismo, gusto militar, afán de guerra, ganar al moro la batalla, acción, y hasta supervivencia, con un reconocimiento de que el vecino moro y el español eran como hermanos. En suma, reflejo de la visión de los españoles, que junto a la del propio Galdós sobre África van a caracterizar esta obra.

Un incidente en el otoño de 1859 le sirvió de motivo al General O'Donnell para declarar la guerra. Los españoles, que levantaban tres fuertes para la defensa de Ceuta, observan cómo unos moros derribaban el puesto de vigilancia que las tropas de caballería habían montado para su protección. Luego estos moros destrozan una y otra vez el escudo de armas de España, esculpido en la línea divisoria, por lo que un nuevo altercado vino a sumarse a los muchos actos de hostilidad y piratería. Se intentó poner paz pero los moros acechaban, atacaban e insultaban a los españoles en las inmediaciones de las murallas, llevándoles a llamar «gallinas» e incluso se atrevieron a hacer «aguas menores y mayores» en los escudos que habían derribado, según relatan los atestados referentes al asunto. Pero esto fue sólo la excusa que encontró O'Donnell, que con habilidad, «... conseguía de este modo encauzar las energías nacionales hacia una empresa patriótica, desviándolas de la estéril y peligrosa lucha de partidos»<sup>5</sup>.

Galdós recoge primero el sentimiento de euforia:

«Y en esto ocurrió que un día de aquel mes y año (octubre de 1859) entraron en la calle Jerónimo Ansúrez y don Vicente Halconero, este último con el rostro encendido por ráfagas de entusiasmo que de los ojos le salían, la voz balbuciente: "Lucila, hijos míos —exclamó, plantado en medio de la sala—, declarada la guerra..., la guerra... de...clarada en el Congreso..., ¿no lo creéis?... greso... Congreso levántase O'Donnell y dice: "Que... al Moro guerra... declarada por O'Donnell»<sup>6</sup>.

Y más adelante volverá repetidamente sobre el tema, reconociendo la valía del General:

<sup>4</sup> *Aita Tettau*. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, S.A., 1954, págs. 5 y 6.

<sup>5</sup> Antonio BALLESTEROS Y BERETTA, *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Barcelona: Salvat Editores, S.A., 1936, 1.<sup>a</sup> edición, tomo octavo, pág. 80.

<sup>6</sup> *Ob. cit.*, pág. 12.

«Buena será esta campaña —decía—, y debemos alabar al señor de O'Donnell por la idea de llevar nuestros soldados al África; que así echamos la vista y el rostro fuera de este patio de Tócame Roque en que vivimos»<sup>7</sup>.

Y luego dirá:

«Lo que no tiene duda es que el buen señor se acredita con esta guerra de político muy ladino, de los de vista larga, pues levantando al país para la guerra y encendiendo el patriotismo, consigue que todos los españoles, sin faltar uno, piensen una misma cosa y sientan lo mismo...»<sup>8</sup>.

Galdós había comprendido, como otros contemporáneos suyos, que «el agravio» de los moros «no era de los que piden reparación en sangre», pero que España necesitaba, interiormente, embarcarse en otras aventuras que la alejasen de una posible guerra civil, que la mantuviesen unida en torno al gobierno, y si además emprendíamos acciones en el exterior que nos permitiesen codearnos con las potencias extranjeras y recuperar en parte nuestro prestigio, pues mucho mejor. Los españoles se sintieron unidos en esta intervención militar en Marruecos, y así dirá Galdós: «Los partidos de oposición, deslumbrados por el espejismo histórico, cayeron en el artificio»<sup>9</sup>. Se encendía, pues, la vena patriótica en nuestro pueblo:

«Contra el pobre agareno iba el furor de pobres y ricos, de Clero y Nobleza, de niños pequeños y niños grandes»<sup>10</sup>.

Llegó la hora de los preparativos de la batalla y muchos sintieron la llamada de la patria, sin distinción de sexo. Galdós pone en boca de sus personajes este sentimiento. Halconero no sólo soñaba con la victoria en Marruecos, sino que pensaba que los nuestros, de paso y «al volverse para acá victoriosos debían dejarse caer como al descuido sobre Gibraltar». Don Benito refleja así sus pensamientos que no eran otros que los de recuperar para España lo que los ingleses nos habían arrebatado:

«Una vez dueños del famoso peñasco, quedaría bien zurcido aquel jirón de la capa nacional, y ya podíamos los españoles embozarnos muy a gusto en ella»<sup>11</sup>.

Pero en los primeros capítulos el escritor recoge también otros aspectos interesantes; moros o infieles y españoles o cristianos, como los llama indistintamente, son como hermanos, apenas los separa la religión y la lengua, por eso en algún momento llegará a decir que esta batalla se parecía más a una guerra civil. «¿Y cuántos españoles vemos que son

<sup>7</sup> Idem, pág. 14.

<sup>8</sup> Idem, pág. 30.

<sup>9</sup> Idem, pág. 44.

<sup>10</sup> Idem, pág. 44.

<sup>11</sup> Idem, pág. 14.

moros con disfraz de cristianos?»<sup>12</sup>. Aun en los celos y en otras varias costumbres, cree el escritor que nos parecemos, quizá la diferencia estaba en las modas que dominaban a los españoles, frente a los respetuosos y conservadores moros para con sus costumbres.

La mujer aparece también con estos ideales de la guerra, incluso con ganas de participar en ella, como es el caso de la Reina Isabel, que «Sentía... no ser hombre para coger un arma y acudir a tan santa guerra»<sup>13</sup>; o el de Lucila que disfrutaba con los preparativos para la batalla y deseaba conocer todos los pormenores, aunque por ser mujer tenía que disimular su fervor ante los suyos y especialmente ante su hijo.

Pero dos personajes serán los protagonistas del episodio: Gonzalo Ansúrez, español renegado que se había establecido en Tetuán, dedicado al comercio y que había llegado a ser un «moro» muy considerado y respetado, incluso por el propio Sultán; el otro es Juan Santiuste, nuestro héroe problemático, que se siente llamado como buen patriota a defender el solar español en África.

Es evidente que un sentimiento africanista, intervencionista impregna esta primera parte de la obra galdosiana, si bien el escritor parece mantenerse a una prudente distancia de lo que piensan sus personajes, y no hay duda de que un cierto sabor romántico, con resabios orientales, se esparce por todo el episodio. África es ese otro mundo en el que el fanatismo religioso y el despotismo de sus gobernantes, junto al colorido de lo extraño, misterioso e imaginario de un mundo soñado, domina a sus habitantes. Sin embargo, las huellas del «Islam interior» constituyen, fundamentalmente, en *Aita Tettauen*, uno de los rasgos de ese africanismo y orientalismo que, al decir del profesor Morales Lezcano, invaden la época. «Las huellas del "Islam interior", por petrificadas que se encontraran hacia la mitad del siglo XIX eran demasiado abundantes en las siluetas de las ciudades y pueblos, medinas y minaretes, alcazabas y alcázares, fuentes y jardines, como para pasar desapercibidas...»<sup>14</sup>. Si a esto unimos los siglos de convivencia en la España peninsular y el importante sustrato lingüístico del español, nos explicaremos ciertos comportamientos históricos, así como esa facilidad para adoptar rápidamente las costumbres y las formas de vida de los moros, como le ocurre a Gonzalo Ansúrez, que difícilmente se le puede reconocer como español, pero ¿de qué lado estará Ansúrez? Problema que Galdós plantea al comienzo de la obra, cuando Vicentito, el hijo de Lucila, la interroga:

«Madre —le decía—, y ahora, con esta guerra, ¿qué hará mi tío Gonzalo Ansúrez, que se hizo moro antes de que yo naciera, mucho antes, y allá vive como un príncipe?»<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Idem, pág. 15.

<sup>13</sup> Idem, pág. 44.

<sup>14</sup> «La "imaginería" orientalista en España», en *Tánger. Espace imaginaire*. Rabat: Université Mohammed V; Tánger: Université Abdelmalek Es-Saâdi, 1982, pág. 123.

<sup>15</sup> Idem, págs. 16 y 17.

Lucila preocupada por esta inteligente cuestión consulta a su padre, quien sin titubear le responde que Gonzalo no traicionará a los suyos, los moros, porque aquél se ha instalado en Tetuán «vive considerado de grandes y chicos, y el mismísimo señor Sultán le llama su amigo...»<sup>16</sup>. Abundan en el texto de la obra bastantes ejemplos de este orientalismo africano o mejor marroquí:

«En el enjambre bullicioso distinguí las rudas facciones del bereber, de ojos encendidos y ágiles movimientos...; vi al árabe de Oriente, cuyo rostro, de belleza descarnada, trae a la memoria la imagen del Profeta, de fina tez, fácilmente reconocido por su compostura aristocrática. ¡Y qué variedad de trajes y atavíos!... Aquí veo la rica variedad de colores que me dice los gustos de cada tribu y de cada país»<sup>17</sup>.

Pero Juan Santiuste llega a Ceuta y desembarca con mal pie, lo mismo que le debió suceder a don Benito, a causa del mal estado de la mar y por ello a los constantes vaivenes del barco, de tal forma que «llegó a sentirse como un pellejo vacío que no podría jamás tenerse en pie...». Sin embargo, «la mirada de las hembras levantó un poco su espíritu y le entonó el desmayado cuerpo»<sup>18</sup>. Pronto nuestro hombre, que es la voz y el sentir de Pérez Galdós, comienza a distinguir la realidad de su «loca fantasía» y como Pedro Antonio Alarcón lo hiciera en su *Diario de un testigo de la guerra de África*, se dispuso a cumplir con la promesa hecha a Vicentito y a Lucila de escribirles puntualmente, contándoles lo que en aquellas tierras sucedía. Mas al poco tiempo contempla con dolor los primeros heridos y muertos y «... sintió la misma lástima ante los muertos berberiscos que ante los cristianos»<sup>19</sup>.

Poco a poco la inevitable violencia de la guerra le va desilusionando a la vez que le hace sufrir, hasta llegar a expresiones como ésta: «Soy español de paz, por no decir moro de paz»<sup>20</sup>. Es curioso su encuentro con Pedro Alarcón el cronista y autor de una de las fuentes que Galdós utilizó para este episodio. Don Benito, por boca de Santiuste, y Alarcón, a través del personaje de este nombre, Perico, sostiene en varias ocasiones conversaciones dispares sobre la guerra que van a marcar las diferencias entre uno y otro, así como nos van a ir descubriendo el africanismo de Pérez Galdós que no debió compartir la intervención militar en África. Decía Santiuste a Perico:

«... yo sostengo que la guerra es un juego estúpido, contrario a la Ley de Dios y a la misma Naturaleza... al ver en estos días el sinnúmero de muertos destrozados por las balas, no he sentido más lástima de los españoles que de los moros. Mi piedad borra las nacionalidades y el abolengo, que no son más que artificios. Igual lástima he sentido de los españoles

<sup>16</sup> Idem, pág. 19.

<sup>17</sup> Idem, pág. 221.

<sup>18</sup> Idem, págs. 66 y 67.

<sup>19</sup> Idem, pág. 77.

<sup>20</sup> Idem, pág. 87.

que de los africanos... Sin quererlo, tu piedad ingénita ha reconocido el gran principio humanitario... que dice: "No matar".

—Cierto, Juan, que llevamos dentro del principio; ... pero luego salen los hechos, la historia, el concepto de patria y de nación... pero ante los moros vivos, que brincando y aullando vienen contra nosotros, ... veo las razas, el Cristianismo y Mahoma frente a frente... Celebro, pues, con toda el alma que nuestros soldados les maten, único medio de impedir que ellos nos maten a nosotros...»<sup>21</sup>.

Santiuste estaba convencido de tener la razón y pensó incluso en abandonar África pero andando y huyendo de aquel sufrimiento, que le llegaba a enloquecer, se encuentra herido en Tetuán donde es atendido por tres judías. Da comienzo aquí la tercera parte del episodio, para cuya narración Galdós se basa, en parte, en la historia que sobre Marruecos escribe El Nasiry, texto que el intérprete Ruiz Orsatti le ha traducido al escritor. Don Benito aprovecha este personaje y lo convierte en Gonzalo Ansúrez, el español renegado. En esta parte, la guerra es narrada desde el lado contrario; Santiuste, Juan el Pacificador, asiste a estos hechos como el protagonista que participa no en la guerra, sino en la vida de un pueblo en guerra, en el que se sentía cómodo y a gusto, sin echar en falta a los suyos.

Marruecos se había convertido en el punto de mira de los españoles y consecuentemente del africanismo hispano teñido de orientalismo. A partir, pues, de la guerra de 1859 se revive esta gesta casi románticamente, como un recuerdo de la vieja lucha del cristiano contra el infiel. Parece que este hecho, la guerra, da origen a un reconocimiento de nuestro pasado, en el que convivían musulmanes y judíos con cristianos, un reencuentro con la historia. Ahí parece estar la diferencia entre la obra de Alarcón y la de Galdós; a pesar de que en ambas observamos un africanismo orientalista, respeto y pena por el moro y hasta parecido y relación entre Granada y los lugares próximos a Tetuán. Pero las circunstancias en las que Alarcón escribió, corresponsal de guerra y soldado voluntario, frente a los cuarenta y cuatro años que distan de la guerra, cuando don Benito redacta *Aita Tettauen*, se advierten de inmediato. Son dos perspectivas diferentes que el novelista enfrenta.

Alarcón, en su *Diario de un testigo de la guerra de África*, pensaba al alistarse:

«... que en África estaba el camino de aquella verdadera grandeza nacional que los españoles perdimos... fue el ver tan claro como la luz del sol que la política exterior de la Nación española debía reducirse á una constante expansión material ó moral, guerrera ó política, comercial ó religiosa...»<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Idem, págs. 99 y 100.

<sup>22</sup> Pedro Antonio de Alarcón: *Diario de un testigo de la guerra de África*. Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1892, 3.ª edición, tomo I, pág. 8.

Pero luego, en el último capítulo, titulado «De cómo cambié de idea y salí para España», se expresa de forma muy distinta:

«Hoy creo, en una palabra, que la cuestión de paz ó guerra, que el interés de la Nación que la gloria del Ejército, que los destinos de España no se ventilan ya aquí, sino allí; ... que el grito de paz, lanzado por quien tanto y hace tan largo tiempo deseó la guerra, será atendido»<sup>23</sup>.

Galdós contraponen la figura de Santiuste a la de Perico. Aquél, casi desde el principio de su llegada a las tierras africanas, se transforma y comienza a hablar de paz y de reconciliación, no de guerra, y es que en el novelista va a influir principalmente la corriente africanista práctica que parte de 1860. Alarcón al contrario, exaltado, ilusionado, cree en la guerra hasta el final. Galdós, escéptico, verá a distancia los estériles resultados de la batalla.

Tras la dura contienda librada en Marruecos contra los moros y la victoria de los españoles, se firma la paz, sin que por ello cesen las complicadas relaciones hispano-marroquíes. Todo ello fue motivo más que suficiente para que renaciera un espíritu de acercamiento a Marruecos, con cierta vitalidad, que propiciará desde una intervención militar hasta una mediación pacífica y civilizadora. Mientras, la política del Gobierno, sin renunciar a sus derechos legítimos, permanecía «recogida» o «replegada en sí misma», más atenta a sus problemas internos que a los externos.

Hay que tener en cuenta que esta aproximación a Marruecos no fue algo pasajero, hubo todo un movimiento en el que participaron diversos sectores de la sociedad. Se hablaba de África con frecuencia en reuniones y cenáculos políticos y poco a poco se fue creando un clima favorable, a través de las propias sociedades científicas, africanistas y colonialistas. África se pone de moda y surgen varias expediciones interesadas y prácticas más que aventureras. Los políticos se pronunciaron y también los militares y los diplomáticos, corriente a la que se sumaron escritores, pintores y hasta músicos, como reconoce el profesor Morales Lezcano. A pesar de estos gustos, modas y presiones España nunca prestaría atención a Marruecos, más que como campo de batallas, como vecino peligroso, hostil y poco de fiar; en definitiva, Marruecos, identificado con África sería un foco de preocupaciones, que nos permitía por razones estratégicas mantener una posición más o menos importante entre los países europeos y de ahí que estas características formen parte de nuestra identidad como pueblo.

Don Benito refleja las dos posiciones en Santiuste; primero, aquel ímpetu vitalista que parecía indicar que nuestra supervivencia dependía de África, para pasar, casi de inmediato, a defender una postura mucho más serena y ponderada como fue la de Joaquín Costa, intervención sí, pero pacífica, con afán de contribuir, a través de la instrucción, al progreso de África:

<sup>23</sup> *Ob. cit.*, tomo II, pág. 249.

«Tu cara dice que de padres altos naciste, y tu lenguaje suena con lustración, que yo no entiendo, porque so inorante... ¡Ay, Yahía, qué bestia bonita verías en mí si me trataras despacio!

—Si eres joya sin pulimento, más me agradas así. ¿Quieres que este pobre maestro te instruya...?

—Si que deseo polirme... que aquí en nuestras partes de Marroco no ha escuelas ande deprender cosas muchas y finas de lustración de España, Viena o La Rumanía»<sup>24</sup>.

Galdós cerró este episodio recuperando nuestra identidad histórica y contemplando a Tetuán como ciudad ideal en la que convivían las tres culturas que antaño poblaron España. Y es que el novelista narra un episodio de la historia de España a cierta distancia, lo que le permite una perspectiva más auténtica. D. Benito lleva los lectores una cuestión candente, África, en la que vierte los hechos reales en un contexto mucho más amplio.

El africanismo y orientalismo de Galdós, contrario a la intervención militar y partidario de una necesaria relación pacífica, constituyen en *Aita Tettauén* una lección histórica, no exenta de intriga amorosa y de cierto misterio con el fin de que su lectura sea fácil, popular y sirva también de enseñanza. En esta sabia conjunción de africanismo, popularidad y enseñanza parece que encontramos las claves de su éxito, que sin duda el escritor procuró, buscó y halló.

#### CONCLUSIONES

El novelista se interesa por un tema que está de moda, del que se habla en todas partes y cuyo escenario preocupa a muchos españoles, con una curiosidad incluso científica.

Pérez Galdós, como otros de su época, conoce el lugar y capta perfectamente todo el misterio y la magia de aquellas tierras, su orientalismo.

Pero además con las fuentes conocidas, españolas y marroquíes entre otras, Alarcón y los textos de Orsatti, diseña para su público el episodio. Santiuste será el coautor e intermediario con sus lectores, a los que sigue en sus gustos. Por ello Santiuste siente la llamada de la patria, pero tan pronto llega a Marruecos y contempla la realidad experimenta algo diferente, que le permite reconocer en aquella tierra una parte de la suya, el patriota se transforma y el escritor teje así la parte novelesca que entremezcla con la historia.

Africanismo, pues, el de Galdós muy particular, humano y vitalista. Marruecos es el país vecino con el que nos unen fuertes lazos de afecto, pero además Marruecos nos deslumbra y nos envuelve misteriosamente.

<sup>24</sup> Ob. cit., pág. 291.

Pérez Galdós forma parte de la corriente africanista que llega hasta la defensa de ese otro mundo, que no es el nuestro pero que sin duda tiene mucho que ver con España.